

*The Search for the Codex Cardona. On the Trail of a
Sixteenth-Century Treasure*
Arnold J. Bauer

Durham y Londres, Duke University Press, 2009, 181 páginas,
ISBN: 978-0822346142

RESEÑA

**Olaya Sanfuentes
Echeverría**

Instituto de Historia,
Pontificia Universidad
Católica de Chile,
Santiago, Chile

osanfuen@uc.cl

DOI

10.3232/RHI.2010.
V3.N1.10

Fue en el laboratorio Crocker de la Universidad de Stanford, California, donde Arnold Bauer, profesor emérito de la misma universidad y connotado historiador en temas de historia de Latinoamérica, inició una pesquisa que lo llevaría por derroteros que jamás hubiera pensado. Desafiando la clásica imagen del historiador solitario sentado durante horas en un escritorio rodeado de papeles y libros, Bauer decidió convertirse en un verdadero detective. Buscando pistas, interrogando testigos, siguiendo huellas y autenticando fuentes, Arnold Bauer pasó varios años de su vida tras los pasos del Códice Cardona, un documento extraordinario de 420 páginas, 300 ilustraciones y dos mapas. Pareciera ser un documento del siglo XVI, elaborado entre 1550-1556 y que se supone, habría sido encargado por el capitán Alonzo Cardona y Villaviciosa.

El códice despliega una contundente y detallada información de la vida cotidiana de los pueblos mexicas, así como descripciones de la flora y fauna. Herramientas, plantas, pájaros, dioses, rituales de sacrificio, sistemas de regadío, vida familiar y trajes quedan todos documentados en este espléndido códice.

A pesar de lo extraordinario de la fuente, nunca nadie había hablado de este tesoro. La bibliografía sobre temas mexicanos es especialmente extensa y rica, pero el códice Cardona no aparecía en ninguna parte. Por esta razón es que tanto Bauer, como otros especialistas y actores involucrados en una eventual adquisición del códice se mostraron muy entusiastas pero extremadamente cautelosos. Además, se conocía el antecedente del famoso mapa Vinland que, tras estudios químicos de materiales, resultó ser falso! Con este hallazgo se destruyeron las certezas respecto a este artefacto cartográfico como fuente del siglo XV; la evidencia mostró que se había facturado con tintas de 1923.

Es entonces que Arnold Bauer comienza a interesarse por este manuscrito, lo que le llevaría a hacer de esta pesquisa un objeto de investigación historiográfica y detectivesca, de vida. Cada vez que va encontrando dificultades o pruebas en su pesquisa, tendrá que ir adentrándose más y más en el mundo

de los códices mexicanos, en los materiales involucrados en su producción, en las prácticas culturales asociadas a la confección de libros, en los sistemas de circulación de la información en la época colonial y otros temas fascinantes para aquellos historiadores interesados en temas americanos. Y viceversa, a la par del aprendizaje intelectual, nuevos personajes contemporáneos irán surgiendo en su camino para ayudarlo a ir tirando los hilos de esta compleja madeja.

La investigación de Bauer comienza en el lugar donde los historiadores solemos refugiarnos ante una duda: la biblioteca. En la de Berkeley, Bauer examinó el Catálogo de pasajeros a Indias y no encontró a ningún Cardona y Villaviciosa. Luego amplió y profundizó su investigación para informarse sobre el universo de los códices. Una mirada atenta le hizo vislumbrar lo que el historiador francés Serge Gruzinsky llamó "la colonización del imaginario". El cómo los españoles, a través de la escritura como herramienta de descripción y propagación de la realidad, cambiaron la forma tradicional mexicana de transmitir la información. Y cómo, asimismo, los misioneros vieron en los códices resabios de idolatría que había que eliminar o, en el mejor de los casos, resignificar para la fe cristiana.

Esta información, obtenida de las fuentes más canónicas respecto a los códices mexicanos, llevó a Bauer a sacar una primera conclusión: el códice Cardona, si es que era auténtico, pertenecía al período posterior a la conquista.

Otro método de interrogar al documento fue la observación atenta e informada de los símbolos del documento Cardona. Uno de los iconos más significativos es una iglesia del siglo XVI que apareció a la luz pública recién el año 1982 cuando se hicieron excavaciones para construir el Metro en Ciudad de México. Para algunos especialistas, ésta sería una prueba irrefutable de que el códice era auténtico y que no podría haber sido confeccionado en épocas modernas. A esto se suma un análisis estilístico de la obra, que concluye que los símbolos son de estilo muy parecido a los de otros códices de la época. Y las anotaciones textuales corresponden a las preocupaciones y lenguajes de aquel entonces.

El método inquisidor llevó a Bauer, entonces, a comparar este códice con otros de la época. Los códices Telleriano-Remensis y el Florentino fueron los que dieron pautas para la comparación. Una interesante conclusión arrojada por el seguimiento de estos documentos es la intriga y falta de información respecto a los derroteros de los códices en general.

El códice Cardona compartía y aventajaba a los otros códices en misterio e intriga. Había aparecido por primera vez en Sothebys de Londres en 1982, luego en el Museo Getty de Los Angeles en 1985. Había duda respecto a su autenticidad porque algunos exámenes químicos habían arrojado poca antigüedad. Además, a diferencia de otros códices hechos para grandes objetivos, éste no estaba confeccionado en papel europeo, sino en papel amate, mucho más ordinario que el primero. No se conoce ningún otro códice colonial hecho en este papel local. Esto no significa que el documento haya sido falsificado, pero sí levanta preguntas importantes. Por otro lado, nadie sabía quién era el dueño. No obstante, a pesar de que algunos especialistas mostraban su escepticismo respecto al documento, otros grandes académicos no daban señal de duda. Anthony Pagden, un distinguido especialista en temas de temprana historia colonial, había

escrito un informe para Sothebys, donde reparaba en la “incalculable importancia del Códice Cardona”. Respecto al mapa que acompañaba el manojito de hojas, Pagden decía que era éste el documento histórico más grandioso para registrar la historia colonial de México. El tema que realmente interesaba a la oficina de subastas era la eventual farsa del documento. Al respecto, Pagden respondía que no había dudas sobre la autenticidad del documento. Incluso sugirió que este códice podría ser un libro pintado con mapas, figuras y explicaciones que figuraba en manos del jesuita Francisco Calderón hacia 1630.

El arquitecto mexicano Guillermo Rodríguez Esquivel, una importante figura en el proceso de reconstrucción del centro histórico de Ciudad de México, declara asimismo su convicción respecto a la autenticidad del documento.

Las idas y venidas de Bauer por ciudades de México, Estados Unidos y España fueron revelando varios problemas del famoso códice. Uno de estos era el comercio de bienes patrimoniales entre países. Hoy en día, los estados han firmado acuerdos internacionales y trabajan junto con la INTERPOL para evitar que las antigüedades nacionales salgan de su propia tierra. No obstante las leyes, siempre hay quienes pueden burlar los límites. El identificar a quienes están en posesión del objeto no es un detalle trivial, porque determina, finalmente, la legitimidad o ilegalidad de la operación de compra y venta.

En el caso del nuestro códice Cardona, para poder vender el objeto, era importante posicionarlo como un objeto que estaba fuera de México y que había llegado a Europa o Estados Unidos por los imponderables de la historia y no por tráfico ilícito.

Toda esta historia está envuelta de misterios, mentiras y especulaciones. Finalmente, Bauer llega a un trozo de verdad al descubrir que el códice había pertenecido, en algún minuto, al famoso arquitecto Gutiérrez Esquivel quien, al encontrarse en dificultades económicas, hubo de llamar a un mercante de antigüedades de apellido Rivero Lake quien, según el arquitecto, se habría aprovechado de su vulnerabilidad económica y le había robado el códice. Por lo demás, Rivero Lake ya tenía bastante mala fama en el ambiente del tráfico de obras de arte. Le llamaban Lake the Snake. Se dice que estuvo involucrado en un gran robo de ocho murales que representaban el coro celestial, desde el techo de una capilla de una hacienda peruana del siglo XVII. Se habría defendido diciendo que no estaba robando sino salvando el arte peruano de las depredaciones llevadas a cabo por Sendero Luminoso en las iglesias católicas.

Como se puede apreciar, la lectura de este fascinante libro que va entretejiendo la vida y el oficio de Arnold Bauer está llena de vericuetos y eventos fascinantes que nos demuestran que la investigación es una actividad que pueden compartir los historiadores con Sherlock Holmes.